

*El robo de la memoria.
Sobre el lugar del franquismo
en la historiografía
católico-catalanista*

Antonio Francisco Canales Serrano

Universidad de La Laguna

Resumen: En este artículo se estudia la interpretación que la historiografía católico-catalanista hace del franquismo y su trascendencia para la actual identidad catalana. Se defiende que esta historiografía ha producido un discurso mítico que prescinde del rigor historiográfico y se intenta reconstruir lógicamente este discurso analizando críticamente sus principales premisas y su aplicación. Finalmente, se plantea que el éxito de este discurso historiográfico ha ocultado un fenómeno trascendental para la configuración de la actual identidad colectiva catalana: la transferencia de la legitimidad de los derrotados en la guerra a una parte de los vencedores.

Palabras clave: franquismo, catalanismo, historiografía, catolicismo.

Abstract: This article studies the interpretation that Catholic-Catalanist historiography makes of Francoism and of its influence over current Catalan identity. It maintains that this historiography has produced a mythical discourse that has evaded historical accuracy and soundness. The article tries to reconstruct this discourse logically by analysing its major premises and their enactment. Finally, it proposes that the success of this historiographic discourse has hidden a momentous phenomenon for the configuration of current Catalan collective identity: the transfer of the legitimacy of those defeated in the war to a part of the winners.

Key words: francoism, catalanism, historiography, catholicism.

Este artículo pretende abordar la memoria del franquismo en Cataluña y el papel central que en su configuración ha jugado la historiografía católico-catalanista. El discurso predominante en la divulgación histórica (incluida la enseñanza), las memorias y los medios de comunicación presenta al franquismo como un régimen no sólo ajeno, sino contrario a la realidad catalana y, por ende, irreconciliable con la catalanidad. Esta imagen oculta la notable colaboración que el régimen encontró entre sectores claves de la sociedad catalana como la derecha, la burguesía y la Iglesia. Este ocultamiento es bastante común a aquellos discursos historiográficos que pretenden dulcificar el régimen y desdibujar las políticas de victoria de posguerra. Sin embargo, en el caso catalán se va más allá: se postula la incompatibilidad entre el régimen y sus bases sociales y políticas e incluso se las convierte en la columna vertebral de una épica resistencial colectiva. Se produce, así, una transferencia a los vencedores de la guerra civil de la legitimidad de los vencidos, el *robo de la memoria* que da título a este artículo. En la medida en que la Cataluña democrática se ha venido vertebrando y legitimando desde una determinada identidad colectiva y esta identidad a partir de la interpretación del pasado, resulta difícil obviar la trascendencia para el presente de este relato mítico.

La especificidad de la memoria del franquismo en Cataluña

La imagen de una Cataluña mayoritariamente comprometida con la causa republicana encuentra fundamento en la dinámica política y en el peso de las organizaciones obreras y democráticas. No en vano, los propios republicanos consideraron en su momento a Cataluña como *el baluarte de la República*. La asunción del catalanismo por la mayoría de las fuerzas políticas y la existencia de un proyecto cultural propio en consolidación dificultaban la adhesión a las propuestas ultraespañolistas de las derechas españolas y al régimen en que se concretaron. No es extraño, pues, que la identidad catalana se base en la legitimidad de los derrotados y en el antifranquismo. Así, la centralidad de la oposición al régimen como elemento vertebrador de la memoria colectiva es mucho mayor que en otros lugares de España, como puede constatarse tanto en las conmemoraciones públicas, exposiciones y programas de televisión como en la rápida

desaparición de toda referencia al régimen en los callejeros. La Cataluña democrática se fundamenta en la legitimidad republicana¹ y la esfera pública catalana permite condenar el franquismo sin los paliativos o concesiones característicos de otras zonas de España.

Ahora bien, esta condena rotunda del franquismo no se acompaña de la denuncia de sus bases políticas, sociales y culturales. Es éste un efecto en gran medida comprensible dado el espíritu de unidad en torno a la restauración democrática y autonómica que presidió la transición. Sin embargo, el tratamiento de las bases del régimen no se agota en este silencio. Lo verdaderamente paradójico en Cataluña es que existe una línea interpretativa que no sólo no «sataniza» los apoyos franquistas en la misma medida en que lo hace con el régimen, sino que además convierte a buena parte de estos apoyos en la columna vertebral de la resistencia antifranquista. Los mismos patronos, sacerdotes, conservadores, católicos, fuerzas vivas y élites locales que en el resto de España se identifican con las bases del régimen, a pesar de sus estériles esfuerzos por justificarse como preparadores de la democracia, se tornan en Cataluña en protagonistas de la recuperación nacional y democrática en una empresa que adquiere tintes épicos.

Esta imagen es fuertemente deudora del largo control por parte del catalanismo conservador de las políticas mediáticas y culturales, pero implica también un pacto asimétrico en la transición en virtud del cual los herederos de los derrotados no sólo renunciaron a la petición de responsabilidades en aras de la acción política revestida de civismo unitario, sino que además asumieron la matriz ideológica del catalanismo conservador. De ahí la perenne dificultad, incluso tras la derrota electoral de *Convergència i Unió*, para formular discursos identitarios alternativos. Este pacto asimétrico reclama urgentemente investigaciones que indaguen qué se esconde tras la auto-complaciente imagen de civismo unitario que caracteriza la transición catalana.

Al margen de las razones del fenómeno, lo cierto es que prevalece una tendencia a socializar a las nuevas generaciones de catalanes en una visión fuertemente distorsionada, cuando no en una abierta

¹ Véase como muestra de ello el papel que la memoria juega en las consideraciones sobre la transición de los principales líderes políticos catalanes en YSÀS, P. (ed.): *La transició a Catalunya i Espanya*, Barcelona, Fundació Doctor Lluís Vila d'Abadal, 1997.

caricaturización, de lo que fue el franquismo. En la base de esta concepción del régimen subyace la matriz de la historiografía católico-catalanista y el relato mítico resistencial a que ha dado lugar.

Las premisas del relato mítico-resistencial

Tres son los elementos fundamentales sobre los que pivota este discurso. En primer lugar, la utilización de conceptos mal definidos, sin referentes claros y abiertamente valorativos. La ambigüedad conceptual es tal que en algunos ámbitos ni siquiera es posible reconstruirlo lógicamente. Esto no es extraño, pues en realidad no pretende describir o explicar, sino *dar a entender*, en otras palabras, ofrecer elementos que conecten con las ideas previas de los receptores para conducirlos a unas conclusiones que no se deducen lógicamente de los argumentos empleados. La segunda característica es la descontextualización de la evidencia empírica, de tal manera que adquiera nuevos significados a través de los recursos retóricos que despliega. En tercer lugar, cuando el peso de la evidencia es tal que no permite reinterpretación, este discurso opta por el silencio o, incluso, por la negación.

A pesar de las dificultades para su reconstrucción lógica, resulta necesario llevar a cabo un esfuerzo analítico por sistematizar el argumento implícito a este discurso que podría esquematizarse de la siguiente manera:

Premisa 1: *reducción del franquismo a la cuestión catalanista*. El franquismo se presenta exclusivamente como un régimen españolizador y se difumina el resto de sus componentes.

Premisa 2: *afirmación de la incompatibilidad entre catalanismo y franquismo*. Derivado en parte de la premisa anterior, ambos términos se excluyen lógicamente.

Premisa 3: *extensión de lo afirmado para el catalanismo al conjunto de los catalanes y Cataluña*. En este punto la ambigüedad conceptual característica de este discurso se despliega en toda su magnitud. Catalanista y catalán tienden a convertirse en sinónimos tras su paso por el tamiz de conceptos resbaladizos y metafísicos como catalanidad, *arrelament* (enraizamiento), etc.

Conclusión: *Cataluña perdió la guerra o todos los catalanes perdieron la guerra*. Éste es el marco básico que encuadra todo el discurso:

Cataluña y los catalanes derrotados por el proyecto franquista o, en la interpretación más nacionalista, por España, en la medida en que el franquismo constituye la expresión última de la españolidad.

A partir de esta conclusión, cabe derivar dos conclusiones adicionales que, si bien no forman parte necesariamente del argumento central, subyacen latentes con diferente intensidad a algunas formulaciones del discurso y, sobre todo, pueden ser fácilmente establecidas por buena parte de los receptores.

Conclusión adicional 1: *todos los catalanes son antifranquistas, la catalanidad es resistente, no se puede ser buen catalán y franquista*

Conclusión adicional 2: *los españoles son franquistas. Los inmigrantes en Cataluña constituyen la base del régimen.*

La reducción del franquismo al anticatalanismo es la primera cuestión que debería ser discutida si no se quiere que cualquier análisis quede atrapado en las redes retóricas del discurso. Es imposible negar la dimensión anticatalanista del régimen, incluso anticatalana por derivación en algunos momentos. Sin embargo, esta dimensión no es la única característica del régimen, ni siquiera la más importante. El régimen pretendía instaurar un Estado totalizante que, a través de la represión y nuevos mecanismos de encuadramiento, extirpase con pretensión de perpetuidad no sólo los desafíos al orden tradicional procedente de demócratas y revolucionarios, sino incluso los principios de organización y funcionamiento característicos de las sociedades liberales. A esta lista de novedosos y radicales objetivos se suma, en el caso catalán, la españolización. Reducir el régimen a esta última cuestión resulta caricaturizador. Pero, además, también lo es el tratamiento que se hace de la españolización misma. La españolización que el franquismo pretendía no era cualquier españolización, sino una muy concreta: la nacional-católica. El olvido de esta cuestión clave abre la vía para la equiparación de la españolización franquista con otros proyectos o procesos españolizadores en una secuencia lógica en la que el franquismo aparece como la expresión última de la españolidad. En este sentido, resulta paradigmático un artículo de la revista *Escola Catalana*, dirigido a aquellos que tienen la responsabilidad de formar a las nuevas generaciones, en el que se establece que el régimen de Franco no fue el primero en perseguir la lengua catalana, *ni siquiera el peor*, y en el que se

acusa además a la intelectualidad española de aprobar tácitamente la política franquista y darle apoyo moral². Desde este planteamiento, todos los proyectos españolizadores tienden a equipararse, sin que sus contenidos o métodos jueguen papel alguno en el análisis, y la especificidad reaccionaria y represiva de la españolización franquista se diluye.

Otra estrategia distorsionadora de la realidad franquista opera a través de la equiparación de los catalanes con otras minorías étnicas víctimas de las políticas de exterminio fascistas. En este sentido actúa el término «genocidio cultural», introducido por Josep Benet³. El añadido de cultural no limita el dramático campo referencial de genocidio. El término remite comúnmente al exterminio de judíos, gitanos y, en menor medida, poblaciones eslavas a manos de los nazis. Gentes que fueron perseguidas por su condición, no por sus ideas o actividades. Frente a ese exterminio, las prohibiciones y sanciones administrativas en que normalmente se concretó la represión cultural franquista subrayan que la utilización del término genocidio resulta inadecuada históricamente, y política y moralmente censurable en la medida en que trivializa uno de los mayores horrores de la historia de la humanidad. A pesar de la amplia literatura a que ha dado lugar, la represión cultural no parece haber alcanzado la contundencia de otras políticas represivas si se atiende a las víctimas mortales. Las listas de fusilados hablan de anarquistas, comunistas, socialistas, republicanos y en menor medida catalanistas, pero no de catalanes por su condición de tales o por hablar en catalán. En realidad, el mero hecho de que muchas personas fueran víctimas del celo excesivo de algún funcionario por su fidelidad al catalán en determinados ámbitos revela que los límites de la españolización no estaban claros. En el mismo sentido, las vicisitudes sufridas por las personas sometidas a responsabilidades políticas apuntan a la ambigüedad que caracterizaba la catalanidad punible. Nada similar sucedió en los regímenes que desarrollaron políticas genocidas. En la práctica, hubo pocos atenuantes o escapatorias a la condición de judío y, desde luego,

² FERRER I GIRONES, F.: «La persecució de la llengua durant el franquisme», *Escola Catalana*, 394 (2002), pp. 10 y 11.

³ El término aparece ya en su obra *Desfeta i redreçament de Catalunya*, Barcelona, Crítica, 1978, p. 14. Posteriormente ha ido apareciendo en sus diferentes escritos y ha llegado a dar título a un libro: BENET, J.: *L'intent franquista de genocidi cultural contra Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.

la dicotomía judío en la esfera pública-judío en la esfera privada nunca se planteó.

Estas consideraciones sobre la represión nos llevan a la segunda premisa: la incompatibilidad entre franquismo y catalanismo. Ésta es la premisa fundamental, el núcleo duro del programa por expresarlo en términos lakatosianos, y reclama una reflexión desapasionada y pausada por parte de la historiografía catalana. En contra de tal incompatibilidad cabe argüir, en primer lugar, la evidencia histórica disponible. Los textos de la propia historiografía católico-catalanista están plagados de casos de catalanistas que apoyaron al régimen⁴. Una vía rápida y lógica para zanjar el problema sería cuestionar el catalanismo de estos sectores. Sin embargo, esta salida queda vedada para el discurso que se está analizando por el hecho de que son precisamente estos sectores sobre los que se cimenta el discurso épico de la *represa* (recuperación) y el *redreçament* (erguimiento o enderezamiento) y, por tanto, su catalanismo debe ser reafirmado. El resultado es un esquema interpretativo paradójico, que sitúa en primer plano la evidencia empírica en contra de lo que afirma. Esta contradicción explícita se intenta salvar esgrimiendo las razones que llevaron a estas personas a mostrar tal apoyo al régimen. Ante esta estrategia caben dos consideraciones. La primera es que fueran cuales fueran las razones que lo expliquen el hecho permanece; no se supera, por tanto, la contradicción. La segunda, que estas razones para el apoyo al régimen operan más como justificaciones que como explicaciones. En este punto, las conclusiones adicionales subyacentes hacen sentir su peso a través de un doble rasero para medir actitudes políticas. Los apoyos catalanistas, incluso catalanes, al régimen requieren una explicación (en realidad, una justificación), mientras que esto no sucede con el resto de los apoyos. De alguna manera, el franquismo intrínseco de los no catalanistas, o de los no catalanes, se presupone.

El artículo «1939: any zero» de J. Benet, defensor de la tesis de la derrota colectiva y del genocidio cultural, resulta muy ilustrativo del papel que juegan las conclusiones adicionales en este planteamiento. Al abordar el espinoso tema de los apoyos al régimen, el autor mantiene la existencia de personas «sinceramente demócratas»

⁴ Véanse a modo de ejemplo el artículo de MANENT, A.: «La República, Catalunya i Euskadi van perdre la guerra civil», *Serra d'Or*, 435 (1996), o los diferentes escritos de J. BENET.

que se decantaron hacia el franquismo por motivos como el restablecimiento del orden, el retorno de los bienes confiscados, el cese de la represión (republicana, se entiende), el fin de la persecución religiosa y el restablecimiento del culto público. En su formulación genérica este planteamiento no parece de aplicación exclusiva al caso catalán. Cabría, en consecuencia, plantear teóricamente que también entre las bases franquistas del resto de España existiría un sector igualmente demócrata convertido al franquismo por las mismas razones. Sin embargo, en la práctica, esta posibilidad no se contempla. Dos páginas después, el autor describe la riada de funcionarios forasteros que invadieron Cataluña como conquistadores y que se significaron por el odio contra su lengua, su cultura y sus características nacionales⁵. El contraste no puede ser más evidente.

En realidad, no existen razones de peso para presuponer que los sectores españoles que apoyaron al régimen no tuvieran los mismos motivos para hacerlo que los catalanistas, ni siquiera que ese apoyo no fuera el resultado de un proceso doloroso. Las justificaciones para el caso de los catalanistas no hacen más que remitir a las razones generales de apoyo al régimen: la aspiración a construir una sociedad armónica respetuosa de los poderes sociales establecidos y sometida a los principios de la Iglesia. Y esto sólo entra en contradicción con el catalanismo si se supone que todos los catalanistas eran demócratas, progresistas y secularizadores. Como se verá, eso no era así. Existía un catalanismo muy conservador, e incluso reaccionario, cuyo apoyo al régimen no precisa de explicaciones *ad hoc*. De hecho, la verdadera paradoja que requeriría de explicación sería lo contrario: la existencia de un nutrido grupo de burgueses, miembros de las clases dominantes o militantes católicos o conservadores que no apoyasen a Franco tras la experiencia de la guerra civil.

El siguiente paso de la argumentación es la extensión de lo afirmado para el catalanismo al conjunto de los catalanes o Cataluña. Éste es un salto clave para esta interpretación. Aquí es donde se produce la mayor confusión y donde la ambigüedad conceptual se despliega con toda su fuerza. Existe un primer problema conceptual que remite a la tradicional evanescencia del término catalanismo: ¿puede ampliarse el término a cualquiera que mantenga su fidelidad a determinadas manifestaciones culturales o, incluso, a cualquiera

⁵ BENET, J.: «1939: any zero», en RIQUER, B. de (dir.): *La llarga postguerra, 1939-1960*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 1997, pp. 73-75.

que hable catalán? ¿Qué hacer entonces con los falangistas y regidores franquistas que seguían haciendo uso de la lengua en sus reuniones? La introducción del concepto de catalanidad pretende salvar este obstáculo, aunque en realidad añade más confusión al problema. La catalanidad no actúa como un concepto analítico ni descriptivo. Por el contrario, tiende a soslayar el análisis y la contrastación empírica para situarse en el plano valorativo. En el discurso que se está analizando, la catalanidad equivale a la bondad. Qué se asocie a esta bondad es una cuestión aparte. En todo caso, en la medida en que no caben dudas sobre la maldad del régimen, tal identificación valorativa cierra el círculo remitiendo a la incompatibilidad entre los catalanes y el franquismo.

Estas premisas permiten alcanzar la conclusión que enmarca y confiere lógica al discurso que se está analizando: todos los catalanes perdieron la guerra, incluso los que apoyaron al franquismo⁶. A partir de ahí, cualquier actividad de los catalanes puede ser interpretada en clave antifranquista y reciclarse en la construcción del relato mítico resistencial.

El relato mítico

Probablemente, la mejor ilustración de las características señaladas se encuentra en la historiografía católico-catalanista que constituye el discurso historiográfico más coherente del conjunto de aproximaciones que estamos tratando. Y no es casual que esto sea así. La Iglesia fue el ámbito desde el que se planteó la disidencia cultural o simbólica, pues era el único ámbito que ofrecía márgenes de actuación en una sociedad encuadrada por el régimen. Esta circunstancia se ha traducido en una extensa producción histórica, memorística y divulgativa realizada por sacerdotes y católicos que ha sido y sigue siendo difundida por el importante aparato editorial y mediático que la institución mantiene en Cataluña y por buena parte de las elites políticas y culturales que se formaron en su seno.

⁶ Para una enunciación explícita de esta tesis véase el capítulo «Tots els catalans vençuts», en BENET, J.: *Catalunya sota el règim franquista*, Barcelona, Blume, 1978.

La especificidad catalana de preguerra

Un elemento clave para el sostenimiento de todo el andamiaje del discurso es la interpretación que hace de la realidad catalana durante el periodo republicano. La insistencia de la producción historiográfica católica catalana en este punto ha conseguido que sea aceptado como un lugar común que tanto la Iglesia como el catolicismo catalanes eran diferentes a los españoles. En realidad, la aceptación de esta diferencia no parece discutible; la cuestión es en qué se concreta. ¿Supone que la Iglesia catalana no compartía la hostilidad al reformismo republicano de la española? ¿Se afirma que estaba dispuesta a aceptar el programa de secularización y las reformas políticas y sociales que proponían los republicanos? ¿Quiere decir que el catolicismo en Cataluña era una fuerza progresista y democrática? Evidentemente, los investigadores más rigurosos no llegan a afirmar tanto; por el contrario, en realidad dicen bien poco. Expresiones del tipo *carácter abierto, proceso de renovación, enraizamiento y fidelidad al país* dan cuenta de la ambigüedad conceptual señalada y no implican ningún diagnóstico descriptivo o analítico; constituyen básicamente una caracterización valorativa. De hecho, lo que establecen es que no sólo el catolicismo y la Iglesia catalanes eran diferentes, sino que, además, eran mejores. La cuestión sigue siendo por qué eran mejores.

Básicamente, esta bondad se deriva del contraste con la imagen claramente negativa del catolicismo y la Iglesia españolas. De ahí el interés por el estudio de aquellas figuras o grupos que contrastan fuertemente con el referente español, como el cardenal Vidal i Barraquer y su posibilismo o el proyecto demócrata-cristiano de la Unió Democràtica de Catalunya. El paso siguiente es la extensión de las características de estos casos al conjunto de la Iglesia y el catolicismo catalán sin detenerse a analizar en qué medida esta generalización puede realizarse. Se pasa, así, a afirmaciones sustantivas como las de J. Benet, en el sentido de que la Iglesia catalana respetaba las nuevas instituciones republicanas y autonómicas y vivía un momento de revisión y de autocrítica, o como las de P. Jordán, sobre la compatibilidad de la Iglesia catalana con la democracia o la no utilización de la religión como bandera política en las municipales de 1931⁷.

⁷ BENET, J.: «Un trauma per l'Església catalana», *Qüestions de Vida Cristiana*,

Sin embargo, esta extrapolación de posturas políticas concretas no es la línea predominante en el núcleo más académico del discurso, dados los riesgos de refutación que conlleva. Lo habitual es que lo que se extrapole no sean tanto las actitudes constatadas como la valoración positiva. Así, un manto de bondad se extiende sobre buena parte del catolicismo catalán sin que se descienda al análisis de sus planteamientos políticos o sociales. Éste es el caso de la Federació de Joves Cristians, siempre contrapuesta a las juventudes de la española Acción Católica, pero de la que de hecho sabemos bien poco. Esta extrapolación es posible porque, en realidad, existen otros criterios implícitos para definir la genealogía de buenos y malos que no son en absoluto las actitudes conciliadoras o prodemocráticas. La caracterización del episcopado catalán de preguerra que realiza J. Massot sirve de ejemplo de cómo opera esta transmutación de criterios⁸. La labor pastoral, el valor intelectual y las actitudes renovadoras constituyen los criterios a partir de los que este autor concluye el carácter gris del episcopado catalán de preguerra, una caracterización poco precisa analíticamente, pero con una clara carga valorativa más bien negativa. Sin embargo, la genealogía de excepciones positivamente valoradas que presenta a continuación no responde a los criterios iniciales, como cabría esperar lógicamente, sino a la defensa de la lengua catalana. De esta manera, se conduce al lector a una conclusión implícita que no se deduce de las premisas que el autor había explicitado: la bondad se deriva de las actitudes catalanistas, no de la labor pastoral, el valor intelectual o las actitudes renovadoras, como inicialmente se había propuesto. Mas las derivaciones de este planteamiento no acaban aquí. Existen elementos en la presentación de la información que incitan a trascender el catalanismo y equiparar la bondad con la catalanidad. Todas las excepciones a la mediocridad descrita son catalanas o de ámbito catalán y del único obispo positivamente valorado que no lo es se afirma explícitamente que se hizo catalán («leonés que se hizo pronto catalán con los catalanes»). En el mismo sentido, el autor había establecido una significativa diferencia inicial entre episcopado de Cataluña y episcopado catalán que da cobertura a esta derivación. Cabría enton-

131-132 (1986), pp. 6-7, y JORDAN, P.: *Els catòlics catalans i la Segona República*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1986, pp. 45 y 101.

⁸ MASSOT, J.: *L'església catalana entre la guerra i la postguerra*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1978, pp. 19-20.

ces pensar que la caracterización negativa del episcopado de Cataluña no equivale a una valoración en la misma dirección del episcopado catalán. Se reforzaría así la exclusión de la genealogía positiva del obispo Irurita, para lo que significativamente no basta con esgrimir su integrismo, sino que además debe afirmarse su incompatibilidad con la catalanidad⁹. Sin embargo, esta distinción no se desarrolla explícitamente porque conduciría a un resultado contradictorio. Si se trasciende el marco de las diócesis catalanas, ¿qué hacer con Gomà y Plà i Deniel?

En realidad, de todo este complicado armazón de ambigüedades conceptuales y argumentaciones falaces lo único que cabe concluir con rigor es que existía una Iglesia y un catolicismo más o menos catalanista. Sin embargo, eso no nos lleva demasiado lejos. No nos dice nada acerca del resto de sus actitudes políticas, religiosas o sociales, si no es a condición de recurrir a la gran premisa implícita que establece la incompatibilidad del catalanismo con el integrismo, el antiliberalismo, la oposición a la democracia o la defensa social. Y lo mismo ocurre con el resto de características que Massot asocia a ese clero catalanista: nivel cultural, relación con la *intelligentsia* del momento y carácter europeo¹⁰. Todas ellas suscitan una inmediata valoración positiva, pero desgraciadamente la evidencia histórica muestra que no eran en absoluto un antídoto contra el fascismo.

De hecho, toda esta interpretación choca con un elemento al que se suele prestar poca atención. Si la Iglesia catalana era abierta, tolerante y progresista, ¿cómo explicar la virulencia de la oleada represiva anticatólica del verano de 1936 y la furia destructora de la simbología religiosa? La irracionalidad atávica de las masas populares y, más aún, las actuaciones de turbios elementos son factores explicativos claramente insuficientes.

Menor atención han recibido por parte de la historiografía la derecha y la burguesía catalanas. Tanto es así que no existe una síntesis sobre las derechas catalanas en su conjunto durante el período republicano. En su lugar, buena parte de la historiografía reproduce un esquema interpretativo similar al estudiado para el catolicismo

⁹ «Nada compenetrado con el punto de vista catalán», RAGUER, H.: *La Unió Democràtica de Catalunya i el seu temps*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1976, p. 39.

¹⁰ MASSOT, J.: «Els catòlics catalans durant la guerra civil», *Qüestions de Vida Cristiana*, 131-132 (1986), p. 52.

que tiende a subrayar la excepcionalidad catalana en el proceso de radicalización español. La política catalana republicana se caracterizaría por la hegemonía catalanista incluso en el campo de la derecha y de ahí la escasa incidencia de las opciones políticas de la radicalizada derecha española¹¹. Al igual que sucede con el catolicismo, esta caracterización se basa en una combinación de acentos que es necesario revisar. En primer lugar, se presta una desproporcionada atención al catalanismo de centro, y muy concretamente a la UDC, en relación con su capacidad de incidencia real. A pesar del interés de su propuesta política y de los estudios que en consecuencia ha generado, la UDC fue en realidad un partido muy minoritario que sólo tuvo un diputado en las Cortes (electo además cuando militaba en otro partido) y otro en el Parlament, y que en las únicas elecciones a las que concurrió en solitario (en 1933, exclusivamente por Barcelona capital) obtuvo una media del 0,24 por 100 de los votos. Como reconoce H. Raguier, principal especialista en el partido, sólo el PC de Catalunya y el Front d'Extremes Esquerres se situaban por detrás de esta opción¹². Esta sobrevaloración de la representatividad de la UDC se acompaña del olvido de otras opciones de la derecha que tuvieron mayor incidencia y que en nada se ajustan a la imagen catalanista, dialogante y liberal que se trasmite. Concretamente, el 4,5 por 100 de los votos en las mismas elecciones y en el mismo distrito del Bloque Nacional de A. Goicoechea no juega papel alguno en la caracterización de las derechas catalanas. De hecho, poco menos que hay que recurrir a las fuentes para reparar en su existencia. Tampoco se presta demasiada atención a los resultados similares obtenidos por la alianza de tradicionalistas y monárquicos en las elecciones de 1932, ni al hecho de que la Lliga se viera obligada a ceder la mitad de los puestos en la candidatura del *Front d'Ordre* de 1936 a formaciones de derechas de *obediencia* española, circunstancia que cuestiona la idea generalizada de que estas opciones tuvieron una implantación muy escasa y un eco electoral nulo. El diputado a Cortes tradicionalista de 1936 y los dos de 1933 tienden a ser borrados de la historia al igual que la presencia de candidatos de

¹¹ Véase a modo de ejemplo la caracterización que se realiza en una reciente síntesis sobre la historia de Cataluña, ROIG, J. M.: «Segona República y guerra civil», en RISQUES, M. (dir.): *Història de la Catalunya Contemporània*, Barcelona, Proa, 1999, p. 292.

¹² RAGUIER, H.: *La Unió Democràtica de Catalunya...*, op. cit., p. 185.

esta filiación en las listas de la Lliga en la mayoría de las convocatorias electorales, o reinterpretados en función de la premisa implícita que convierte en incompatible catalanismo y reacción. Sin embargo, todos estos elementos constituyen evidencias a favor de la existencia de una derecha beligerante y crecientemente radicalizada que erosionaba a la Lliga.

Incluso en el seno de la propia Lliga los planteamientos distaban bastante de las posturas casi democráticas y conciliadoras que se pretenden transmitir. La tradición parlamentarista de la Lliga no debe ocultar sus ambigüedades ante la democracia, ni la preferencia de sus miembros por algún sistema de corporativismo autoritario, ni la negativa a disciplinar a la pléyade de grupos integristas y tradicionalistas que satelizaba en comarcas, ni mucho menos su participación en la radicalización de las derechas. A pesar de los paralelismos que suelen establecerse, la actuación de la Lliga no guarda parangón con la del PNV, que efectivamente asumió el coste de contener la bipolarización¹³.

En realidad, al igual que en el caso del catolicismo, toda esta interpretación tiene dificultades con la evidencia histórica. ¿Cómo es posible que una tímida reforma agraria como la que proponía el gobierno catalán provocara semejante radicalización de una derecha teóricamente cívica, liberal e industrialista? A la luz de la movilización de los propietarios y su capacidad para privar a la Lliga, a pesar de su radicalización, de una parte importante de sus bases electorales, ¿puede sostenerse seriamente que la guerra civil era un factor exógeno que se impuso sobre el oasis catalán? Evidentemente, era una guerra, en la formulación de J. Termes, que Cataluña no había iniciado y en la que se vio sumergida¹⁴. Pero ¿existió algún territorio español, al margen del protectorado de Marruecos, al que no pueda aplicársele tal caracterización?

¹³ Para una comparación entre la evolución de la Lliga y la del PNV, véase mi tesis doctoral *Derechas y poder local en el siglo xx*, UAB, 2002, en www.tdx.cesca.es/TDX_1021103_175624/.

¹⁴ TERMES, J.: *De la revolució de setembre a la fi de la guerra civil, 1868-1939*, Barcelona, Edicions 62, 1987, p. 420. Igualmente, J. BENET asevera que «Catalunya no volia la guerra. La guerra fou imposada als catalans», en *Desfeta y redreçament...*, *op. cit.*, p. 12.

Resistiendo al franquismo

Las evidencias disponibles apuntan a que buena parte de la derecha sociológica y política catalana había ido asumiendo las propuestas en favor de una radical intervención sobre el cuerpo social que defendían sus homónimas españolas y que esta evolución se intensificó tras la experiencia de la guerra. Ya durante la guerra, importantes sectores de la derecha catalanista trabajaron por la causa franquista. Dada la retórica anticatalanista de las tradiciones que inspiraban al régimen, a nadie escapaba que esta evolución implicaba la renuncia al catalanismo político. Sin embargo, lo que nunca estuvo tan claro era qué iba a pasar con la fidelidad a usos concretos de la lengua y a determinadas tradiciones simbólicas (campo referencial menos equívoco del concepto de catalanidad)¹⁵. Éste fue un ámbito extraordinariamente problemático, que dio lugar a tensiones incluso en las filas falangistas. Existen notables diferencias entre un Josep Pla, un Agustí o un Fontana Tarrats¹⁶, pero en todo caso se trata de un conflicto entre vencedores. El mero hecho de que se planteara constituye un fuerte argumento a favor de esta afirmación. Los vencidos no se atrevieron a plantear desafíos culturales hasta mucho más tarde.

Este esquema interpretativo de conflicto entre vencedores no tiene cabida en el discurso historiográfico analizado en la medida en que atenta contra su principal conclusión. Las amplias franjas de acuerdo sobre las radicales novedades políticas, sociales y culturales, por no mencionar la represión, se desdibujan ante la reducción del franquismo al proyecto españolizador. Cataluña y todos los catalanes perdieron la guerra, incluidos los que entraron con las tropas de Franco e incluida, aunque parezca paradójico, la Iglesia católica.

De nuevo, la historiografía católico-catalanista presenta el corpus retórico más consumado de este planteamiento. Se habla de corte

¹⁵ En este sentido, B. de Riquer establece que, a pesar del apoyo prestado a la victoria franquista, la mayoría de los catalanistas conservadores no quisieron renunciar a la catalanidad RIQUEUR, B. de: *L'últim Cambó (1936-1947)*, Vic, Eumo, 1996, p. 270.

¹⁶ Véanse, entre otros, ANGUERA, P.: «Pròleg» a THOMAS, J. M.: *José M. Fontana Tarrats. Biografia política d'un franquista català*, Reus, Centre de Lectura, 1997, o GALLOFRE, J.: «El projecte espanyolitzador i la nova cultura pública», en RIQUEUR, B. de (dir.): *La llarga postguerra, 1939-1960, op. cit.*

brutal en el catolicismo catalán, incluso de una Iglesia vencida¹⁷, a partir del cual comienza *casi desde cero* el proceso de recuperación. Esta *represa* delimita una genealogía de civismo y catalanidad opuesta al franquismo que enlaza con la preguerra y conduce a través del Foment de la Pietat, la Liga Espiritual de Montserrat, la Cofradía Virtelia y otras instituciones católicas al Concilio Vaticano II y a la democracia.

Obviando las notables muestras de satisfacción y de adhesión de jerarquías y católicos ante la nueva situación impuesta por las tropas victoriosas del general Franco, el interés se centra insistentemente en la campaña de españolización de la Iglesia catalana y en la política de promoción de obispos no catalanes impulsada por el régimen. Se acota, por tanto, el objeto de estudio a un solo aspecto, aquel que tiene que ver con la catalanidad (premisa 1). Pero, además, el análisis de este aspecto se ve enturbiado por las premisas adicionales. El resultado es un juego de oposiciones en el que, frente a las medidas españolizadoras de los obispos castellanos, irremisiblemente franquistas, se yergue la defensa de la lengua catalana de los obispos catalanes, como mínimo, afranquistas por definición. Esta nueva genealogía elude el análisis de la complejidad de la cuestión de la lengua en la pastoral y la dificultad para identificarla con el catalanismo y menos aún con el antifranquismo. En este sentido, el propio cardenal Gomà defendió el derecho y el deber de la predicación en la lengua de los fieles ante Serrano Suñer e incluso recordaba al ministro que el tema era competencia de los obispos¹⁸. Esta significativa intervención, sin embargo, apenas ocupa dos líneas en el tratamiento del tema por Benet, mientras dedica páginas a la reproducción de la correspondencia del obispo de la Seu de Urgell con Serrano¹⁹.

En realidad, el tema lingüístico sobre el que se articula este discurso no dice nada acerca de otras cuestiones centrales como la recristianización coactiva de la sociedad, las nuevas formas de dominación políticas y sociales, ni mucho menos sobre la represión de

¹⁷ TOTOSAUS, J. M.: «L'Església de la postguerra», *Serra d'Or*, 186 (1975), p. 14, y MASSOT, J.: *Aproximació a la història religiosa de la Catalunya contemporània*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1973, p. 136.

¹⁸ SOBERANAS, A. J.: «Repressió lingüística a l'Església a la immediata postguerra», en *Actes del setè col·loqui internacional de llengua i literatura catalanes*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1986, p. 710.

¹⁹ BENET, J.: *L'intent franquista de genocidi...*, *op. cit.*, p. 483.

los vencidos, criterios mucho más inequívocos para medir el grado de acuerdo con el régimen. La deducción de actitudes resistenciales a partir de la cuestión lingüística en la liturgia y en la pastoral es un ejercicio falaz que desvía la atención de las manifestaciones abiertas y públicas de adhesión. En este sentido, todo el episcopado catalán o de Cataluña, con la única excepción de Vidal i Barraquer, firmó la carta colectiva de 1937, aunque H. Ragner dedique dos páginas en una obra sobre el conjunto de la Iglesia española a justificar la firma del obispo de Urgell²⁰. Igualmente, su centralidad en la genealogía de bondad no impidió al doctor Carreras publicar en el extranjero durante la guerra un libro a favor de Franco.

Estas evidencias históricas, sin embargo, no afectan al discurso sencillamente porque el planteamiento esencialista en el que se basa lo inmuniza contra toda evidencia. Las evidencias que no encajan o bien son objeto de una justificación *ad hoc*, o bien se consignan sin más en el saldo de los ocupantes. Así, se afirma que el nacional-catolicismo imperante en la posguerra era un producto de importación, que la Iglesia catalana estaba privada de sus dirigentes naturales y en manos de forasteros y dirigentes postizos²¹ o, incluso, que no puede hablarse de episcopado catalán²². Frente a todo lo que suene a franquismo se alza la *verdadera* Iglesia catalana que trabaja por la recuperación de la tradición truncada. Poco importa que estos católicos no desvirtuados fueran bien pocos, ni que nunca se explique en qué consistía exactamente esa tradición truncada y en qué medida era contraria a las novedades propuestas por el régimen, ni que nunca estén claros los criterios por los que personas e instituciones son excluidas de o incorporadas a la magna empresa. La dimensión épica de la *represa* constituye un *a priori* incuestionable del discurso y trasciende la propia historiografía católico-catalanista. El esencialismo inmuniza el discurso hasta el punto de acusar de intencionalidad ideológica a las líneas historiográficas catalanas que lo cuestionan desde los valores epistémicos básicos de la comunidad de historiadores, es decir, la adecuación a la evidencia histórica disponible y la crítica racional²³.

²⁰ RAGNER, H.: *La pólvora y el incienso*, Barcelona, Península, 2001, pp. 159-160.

²¹ TOTOSAUS, J. M.: «L'Església...», *op. cit.*, p. 15.

²² VILARO, J.: «Notes a les veus episcopals en la Catalunya de la postguerra, i la seva circumstància», *Questions de Vida Cristiana*, 74 (1975), p. 14.

²³ MANENT, A.: «La República, Catalunya i Euskadi van perdre la guerra civil», *Serra d'Or*, 435 (1996), p. 158.

Los actos de Entronización de la Virgen de Montserrat de 1947 son una pieza clave en esta epopeya resistencial. Ciertamente, los actos brindaron la primera oportunidad para el uso público de la lengua y parte de la simbología catalanas. Sin embargo, la trascendencia que les otorga el discurso católico-catalanista va mucho más allá. Para J. Benet constituyeron uno de los hitos más importantes de la historia catalana de posguerra; otros autores hablan incluso de una *explosión de país*. Constructos teóricos igualmente ambiguos y resbaladizos como *redreçament* (erguimiento o enderezamiento) del pueblo catalán o *desvetllament* (desvelamiento) religioso y cívico enmarcan la interpretación de los actos y subrayan su trascendencia, pero poco nos dicen en concreto sobre ellos. De ahí que algunos autores intenten sustantivar esta trascendencia apelando a la conformación de la primera red cívica de posguerra, a la coordinación entre las diócesis catalanas o, incluso, a la reconciliación entre vencedores y vencidos²⁴. Sin embargo, ninguna de estas interpretaciones menciona siquiera la característica de los actos que llamaría, en primer lugar, la atención de cualquier estudioso no socializado en la historiografía catalanista: el hecho de que encajan perfectamente en el patrón de movilización nacional-católica imperante en toda España en la posguerra. Al margen de la intencionalidad de sus organizadores, no parece que existan fundamentos para afirmar sin ulterior investigación que las masas participantes se movían por unas razones demasiado diferentes a las que participaban en las peregrinaciones a la Virgen del Pilar, o que el mensaje que recibían no era el mismo: la identificación de un pueblo con la religión y el franquismo como su garante. Sólo el recurso a las premisas segunda y tercera que establecen la incompatibilidad entre franquismo y catalanidad permite obviar esta realidad. De hecho, ése era el planteamiento que explica tanto su autorización por el gobernador Barba Hernández como la apertura hacia otras manifestaciones del catalanismo católico. En todo caso, en contra de lo que pretende la historiografía católico-catalanista, las características de la Entronización no revelan líneas renovadoras, preconciarias o protodemocráticas. Por el contrario, los actos apuntan

²⁴ Para una muestra de la valoración de los actos, véanse los artículos publicados en 1977 en *Serra d'Or*, 211, y reeditados en *Les festes de l'entronització de la Mare de Déu de Montserrat*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1997, pp. 23 y 29; MASSOT, J.: *Aproximació...*, *op. cit.*, p. 139, y TOTOSAUS, J. M.: «L'Església de la postguerra», *op. cit.*, p. 16.

a la existencia de un nacional-catolicismo de signo catalanista. Un nacional-catolicismo que enmarcaba las aspiraciones del abad Escarré a erigirse en una especie de primado de Cataluña, que determinaba la coreografía de los actos y que subyace en los planteamientos de la actual historiografía católico-catalanista (¿desde dónde si no mantener el *redreçament*, el *desvetllament* y la *explosión de país*?). Cuestión aparte es si este nacional-catolicismo de signo catalanista podía reciclarse en favor del régimen, como pretendía el gobernador, o si era portador de los gérmenes de la ruptura.

En última instancia, todo el discurso se cimenta sobre la descontextualización de un conflicto cultural y simbólico entre los vencedores de la guerra que desemboca en una caricaturización del régimen: la plana mayor de las autoridades locales y provinciales en Cataluña estaba resistiendo al franquismo desde sus cargos poco menos que desde la caída de Serrano Suñer, con las contadas excepciones de algún converso y, naturalmente, del personal foráneo. Es de esperar que el avance de las investigaciones y la crítica historiográfica acabe por resituar el tema, al menos en los ámbitos académicos. Queda pendiente, sin embargo, una cuestión que va mucho más allá del rigor historiográfico y que tiene que ver con la trascendencia política en el presente de este relato.

El robo de la memoria

El alcance del relato mítico que se ha venido analizando va mucho más allá de la mera justificación de la actuación concreta de personas e instituciones en la posguerra. Su trascendencia radica en la distorsión que introduce en la construcción de una identidad colectiva que se legitima en la memoria de los derrotados. Gracias a la tensión permanente con el españolismo furibundo del régimen, los protagonistas del relato mítico, vencedores en la guerra, se convierten en derrotados y sus valores y propuestas, que habían sido rechazados por los vencidos cuando tenían posibilidad de expresión y actuación, se legitiman como recuperación de la tradición truncada. A esta transferencia de legitimidad es a lo que denominamos robo de la memoria.

Las propuestas culturales que se realizaban desde los ámbitos de la disidencia entre vencedores no eran neutras en sus contenidos ni objetivos. No se pretendía recuperar todo el espectro cultural

catalogado de preguerra, sino solamente aquellas líneas vinculadas al proyecto tradicionalizante y reaccionario que inspiraba a los vencedores. Se trata de un interesado proceso de selección al que normalmente no se presta demasiada atención, pues se tiende a insertar el debate cultural de posguerra en el marco de posibilidades ofrecido por la dictadura. Los estudios sobre la edición en catalán resultan ilustrativos de esta dificultad para aprehender el fenómeno al otorgar el protagonismo al franquismo en la decisión de qué podía publicarse en cada momento²⁵. Este planteamiento resulta lógico dado el inmenso poder del régimen y no cuestiona la calidad de estos estudios. Sin embargo, tiende a ocultar que también existía una selección previa por parte de aquellos que proponían a la censura proyectos de publicación. Esta importante dimensión desaparece ante la atención prestada a la lengua y sus conflictos con el régimen, como si una misma lengua no pudiera ser portadora de proyectos culturales muy dispares, como si la cultura catalana que intentaba abrirse paso bajo el franquismo fuera una expresión neutra de la identidad colectiva o, más aún, como si un proyecto cultural no pudiera expresarse en lenguas diferentes²⁶. Nada más lejos de la realidad. Posiblemente, la importancia de esta selección previa pueda relativizarse en el mundo de la alta cultura que posee unas tradiciones, reglas y alianzas particulares y que además tenía un mercado muy reducido. Sin embargo, en el caso de las manifestaciones culturales dirigidas al gran público, y sobre todo fuera de Barcelona, esta cuestión es trascendental.

La *represa* no se realizó a partir de una recuperación posibilista y neutra de la realidad de preguerra. Por el contrario, el tipo de manifestaciones que se reinstauraron, como determinados actos festivos, conmemoraciones o representaciones teatrales, tenía un marcado sesgo tradicionalizante y católico que respondía a las características de sus impulsores, vencedores en la guerra. En muchos casos eran, además, propuestas culturales fracasadas que no habían encontrado eco en la sociedad catalana cuando ésta tenía posibilidad

²⁵ GALLOFRE, J.: «El projecte espanyolitzador i la nova cultura pública» y «La represa cívica y cultural», en RÍQUER, B. de (dir.): *La llarga postguerra, 1939-1960*, op. cit.

²⁶ Para la complejidad cultural catalana de la posguerra, véase el capítulo «Cultura y continuidad en Cataluña» de GRACIA, J.: *La resistencia silenciosa*, Barcelona, Anagrama, 2004.

de elección²⁷. Este fenómeno no es específico del caso catalán. Los más variados proyectos culturales reaccionarios se multiplicaron a lo largo y ancho de la geografía española bajo el franquismo. La especificidad catalana reside en la trascendencia de estas manifestaciones culturales para la construcción de la identidad colectiva presente.

En el caso catalán, estas manifestaciones se presentaban como la expresión de una identidad propia. Habría que estudiar cuál era la actitud de los vencidos ante estas propuestas y en qué medida aceptaban esas manifestaciones como expresión de la identidad catalana. Probablemente muchos de ellos prefirieron esta versión filtrada a la parafernalia imperial y rimbombante del régimen y a los espacios de sociabilidad que ofrecían sus organizaciones de encuadramiento, al igual que muchos vencidos en el resto de España prefirieron las propuestas católicas a las ofertas falangistas. En todo caso, ni los unos ni los otros pudieron nunca presentar una alternativa. Su condición de derrotados les hacía espectadores pasivos de una pugna entre vencedores.

Este silencio forzado era precisamente la condición de posibilidad de la reinterpretación de la catalanidad que ofrecía el nacional-catolicismo de signo catalanista. Los vencidos y los estigmatizados por la derrota nunca pudieron ofrecer una alternativa identitaria a la nueva generación que no había participado en el complejo proceso de construcción de la identidad catalana de preguerra y que se socializó en los ámbitos que abría la pugna entre vencedores. Esta nueva generación sí que fue receptiva a la legitimación que se derivaba del recelo y la hostilidad de que eran objeto por parte de las autoridades del régimen las actividades culturales y societarias en que participaban. Ella sí que vivió su actividad como una resistencia al régimen, asumió las nuevas propuestas como épica recuperación de las tradiciones de preguerra y confirió a sus impulsores ese halo mítico que les sigue envolviendo en la actualidad. Paradójicamente, los sectores más conservadores del catalanismo conseguían bajo el franquismo la victoria que nunca pudieron obtener en un periodo de libertades: la de definir las características de un pueblo y su historia. En la medida en que la apelación nacionalista ha constituido y sigue

²⁷ Para una muestra de esta situación en un caso concreto, véase CANALES, A. F.: *La Festa Major de Vilanova i la Geltrú al segle XX*, Vilanova i la Geltrú, Consell Comarcal del Garraf, 1995.

constituyendo un eje central de la vida política y social catalana, la trascendencia de esta victoria alcanza tal magnitud que casi pasa inadvertida.

Se consumó así el *robo de la memoria*, es decir, *la transferencia de la legitimidad de los vencidos a una parte de los vencedores*. Los valores epistémicos de crítica y adecuación a las fuentes propios de la historiografía obligan a un cuestionamiento del discurso historiográfico que oculta este fenómeno. Los sufrimientos y la humillación de los vencidos impelen a rebelarse contra este intento de desposeerlos de la única reparación que desgraciadamente les queda: el lugar de cada uno en la memoria colectiva.